

EL SOL AZUL DE LA LYRA

La obra de un autor no se juzga por la “escuela”; la llamada “escuela” no es más que una moda a veces como ella extravagante, y como toda moda, pasajera. La obra, en sí misma, si algo vale, es fruto legítimo de la concepción artística y del temperamento especial de quien la ha escrito. Inútil ha resultado siempre, que los “nuevos” en la escena, los que suponen que traen algo de genial reformador en la cabeza, nieguen a tal o cual libro su mérito intrínseco, porque es clásico, porque es romántico, porque es naturalista, porque es simbólico, porque es decadente, pues a ellos les sucederá lo mismo o cosa peor, a poco andar en el mundo de sorpresas de las letras. Lo único que queda, es lo que viene con el sello preciso y auténtico de un ideal verdadero que los espíritus selectos reconocen como culto propio, sin mirarle el traje; lo que está concebido con la pasión cerebral de la convicción

sincera, y parece escrito con sangre; lo que la misma conciencia ha dictado como expresión íntima de la belleza y el corazón acompaña con un himno de latidos vigorosos; lo que se ha soñado desde niño, se ha mejorado y sustentado en plena juventud y se revela en edad madura como esencia intensa de la inspiración y del arte.

No conviene preocuparse mucho de las "escuelas". Las así denominadas, son "formas" más o menos novedosas, más o menos brillantes, más o menos sugestivas, pero, "formas", las que da el talento—pues esa es su misión. El que crea, es el raro. Si se quiere, el que va más allá del talento. Por eso, crear es un privilegio; pero el mismo que crea, no forma "escuela"; hace algo superior, que sobrevive en preeminencia: su esfuerzo intelectual poderoso, muere con él. Podrá imitarlo otro de su mérito; tal vez no sobrepujarlo. Cada uno en su esfera, y cada uno en su grado. En esa proporción, el mismo Virgilio no pudo más que Homero, ni el mismo Dante más que Virgilio. Hablo en criticismo poético, con prescindencia de los entusiasmos y cultos locales de cada época y de cada medio.

La medida del genio puede ser la medida de

una civilización. Donde el genio alumbra como un lucero, las multitudes grotescas ven por vez primera por donde va el camino, y a las que les suceden les imponen la costumbre de seguirlo, aunque el lucero, que continúa irradiando en lo infinito, ya se haya apagado. Las familias homéridas, no fueron más que un rastro del fulgor de Homero. De tal modo obra el cerebro superior sobre la masa que vive de los instintos. La luz que enseñó una vez el camino, se extinguió; pero, queda la tradición de la luz.

Los jóvenes no deben ensimismarse en “escuelas”. Correspóndeles proceder por inspiración propia, hacer poesía o prosa según sus impulsos desde que sientan bullir bajo su cráneo algo que no es lo vulgar o rutinario. Vale la pena hacerlo nacer; pero, si es posible, con “forma” suya. El buen artista modela su criatura con acendrado cariño. Se trata de un hijo dilecto.

Déjese a algunos imaginarse que, antes de aparecer en la tierra—gránulo que nunca sale de un círculo fatal—ellos han pasado por mundos donde reina una lógica superior; que han hecho escala en su gira prodigiosa en el lejano sol azul de la Lyra, a cuyas cercanías

nos arrastra nuestra estrella, según Moreux; o que estuvieron antes en Arcturus, el espléndido sol del Boyero, cuyo tránsito se espera de aquí a dos millones de años como el de un arcángel suspirado de flamantes verdades y grandes redenciones; y que en esas metas del viaje por el infinito, recibieron siquiera una chispa de la intensa claridad de aquella lógica superior, suficiente para reformar y transformar la mísera condición humana.

Del ensueño nadie está libre, y menos el aeda de buena estirpe. Es en él un derecho de cuna, y no hay por qué fastidiarse de sus alas que no meten ruido como las del velívolo, y se agitan en noches gigantescas a manera de pensamientos extra-terrestres que, una vez escapados del cerebro creador, no pueden ya volver a alojarse en patria que no es la de ellos. Serán ilusiones. Pero hay que admirarlas y respetarlas. Constituyen la esperanza en una vida mejor, y son en cuanto a ventaja real lo que un destello remotísimo del sol azul de la Lyra.

EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

Es para nosotros muy satisfactorio publicar esta bella lección del distinguido escritor uruguayo Eduardo Acevedo Díaz. Deseamos sinceramente que la aprovechen los jóvenes

Con el autor, muy agradecidos por la valiosa colaboración.

(N. del D.)

EN LOOR DE LOS NIÑOS

Los niños son tranquilos y suaves:
llenen la tarde y llenan la mañana
sus manos puras y sus ojos graves.

Divinamente saben la canción
del prodigioso ritmo sub-oído
que hace regocijar el corazón;
y en los brazos abiertos de la noche
gustan la maravilla del olvido:

olvidan luz, y amor, y gozo, y pena,
y la trisca pueril en los senderos
donde se imprime en la menuda arena
el tibio rastro de sus pies ligeros.

Despiertos ya, nos buscan con aquella
masedumbre jovial con que los pájaros
buscan la sombra del enhiesto roble:
se ponen a jugar, cantan en coro,...
ricos de una bondad resplandeciente,
jamás economizan su tesoro.

En sus almas recónditas se inicia
una virtud secreta, que se esconde;
mas cuando llega la ocasión propicia,
el Tiempo llama y la virtud responde!



¿Qué me queréis, oh vocingleros niños
de fresca voz y suavidad de nardo,
que, como ofrenda de olorosos bienes,
ponéis la gracia de las risas puras
sobre el cansancio de Maín Ximenes?

ACTO DE AGRADECIMIENTO

Sólo hay un bien preciso: poseer cabalmente,
por sobre todo engaño, nuestra sabiduría;
y como el agua clara rebósase en la alberca,
dejar que el alma llenen el valle, el monte, el día...

Yo he cruzado la senda que ennoblece la grama
y decoran los árboles ancianos y robustos,
en donde el aire libre sus músicas derrama,
de severos compases magníficos y augustos.

He visto ya las hierbas olorosas
de florecer sencillo, que adornan las campañas;
y espartos de los brutos, concólvulos, llantenes,
amapolas de Abril, y alóes, y espadañas.

He visto ya las mieses abundantes,
orgullo del labriego, bajo la luz de Octubre:
y el ópalo de mil estrellas rutilantes,
y vagarosas nubes del cielo que me cubre.

Y la sangre que brota de alguna herida abierta
bárbaramente... ¡oh dolor! ¡oh pavor!

Y azoradas mujeres que entornando la puerta
rendíanse a la dulce zozobra del amor.

He visto ya los niños fraternales
jugar del campo en el sopor profundo
en armoniosas luchas irreales;
y del tiempo en los giros limitados,
crecer, amar y renovar el mundo....

Y he visto el Mar, que todo lo compendia;
y más allá del Mar, la génesis del día:
de modo que poseo justamente
la riqueza inefable de mi sabiduría.

Si un rayo de los cielos viene a cegar mis ojos
dejándolos en sombra de repente,
¿qué ha de impetrar mi alma enajenada?
¡Fuera de esta visión que llevo ya conmigo,
Señor, no busco nada;
Señor, no quiero nada!

LA ESTRELLA DE LA TARDE

A Leopoldo de la Rosa

Un monte azul, un pájaro viajero,
un roble, una llanura,
un niño, una canción.... Y sin embargo,
nada sabemos hoy, hermano mío.

Bórranse los senderos en la sombra;
el corazón del monte está cerrado,

y el perro del pastor trágicamente
viene a ladrar al césped del vallado.
Apoya tu fatiga en mi fatiga,
que yo mi pena apoyaré en tu pena,
y llora como yo por el influjo
de la tarde traslúcida y serena.

¿Quién puso en nuestras vidas
esta esperanza trémula,
este orgullo anhelante
y esta emoción callada?
¡Hermano mío en la inquietud constante,
nunca sabremos nada!

¿En qué fértiles costas de armonía
los dioses arrullaron nuestro sueño?
¿Quién nos da los carbones inextintos
de la ardiente ilusión, y la resina
que en nuestros cantos pone su fragancia?
¿Qué voz suave, qué inquietud divina
halla en nuestra inquietud su resonancia?

Toda interrogación, en el vacío
cae, como los bólidos nocturnos
en el fondo del mar; toda pregunta
vuelve a nosotros trémula y fallida,
como del choque en el cantil fragoso
la flecha por el arco despedida.

Hermano mío en el impulso errante,
nunca sabremos nada. Y sin embargo....

¿Qué piadosa influencia
vierte en nuestro dolor un bálsamo radiante?
¿Quién prende a nuestros hombros
manto real de púrpuras gloriosas,
y quién a nuestras llagas
viene y las unge y las convierte en rosas?

Tú, que sobre las hierbas reposabas
de cara al cielo, dices de repente:
“La estrella de la tarde está encendida”.

Avidos buscan su fulgor mis ojos
a través de la bruma, y ascendemos
por el hilo de luz.... Un grillo canta
en los repuestos musgos del cercado,
y un incendio de estrellas se levanta
en tu pecho, tranquilo entre la tarde,
y en mi pecho en la tarde sosegado.

RICARDO ARENALES

(De *El Corazón Iluminado*.)

EL MAESTRO EZCABARTE O LA LIMITACION

Este punto de la filosofía práctica de si es mejor limitarse en la vida o no, me ha preocupado siempre. La mayoría de los antiguos estoicos han recomendado la limitación. Schopenhauer dice varias veces: "Limitarse es hacerse feliz". Goethe escribió una poesía con este título: *En nada puse mi deseo*.

Schopenhauer, que en *Parerga y Paralipomena* afirma que limitarse es hacerse feliz, en otros párrafos del mismo libro dice que vale más ser desdichado en plena civilización que feliz dentro del salvajismo.

Nietzsche se indigna también contra los que buscan esa tranquilidad tan del gusto de las mujeres, de las vacas y de los ingleses.

¿Hay que limitarse o no hay que limitarse? ¿Hay que comprimirse, como diría un chulo de teatro, o hay que expandirse, como diría un pedante también de teatro? He aquí la cuestión.

* * *

El verano pasado hice una excursión en automóvil por la Rioja. Me encontré en Logroño con un amigo que tenía fábrica de productos farma-

céuticos, que se proponía visitar varios pueblos. Nos asociamos y salimos; él a correr sus productos, yo a correr por los caminos.

Un día paramos en un pueblecillo a almorzar. Mi amigo bajó del automóvil y se fué a hacer sus visitas; el *chauffeur* y yo nos quedamos en el atrio de la iglesia viendo cómo los chicos jugaban a la pelota.

Estando allá vino mi amigo en compañía de un joven que parecía escapado de una taberna del Barrio Latino, un hombre pálido, de ojos negros, vestido de luto, con sombrero flexible y gran chalina negra. Era el médico del pueblo.

Este hombre que tenía cierto aire de carnero, me saludó con voz desfallecida y dijo que me rogaba fuera en su compañía a tomar café.

Llegamos a casa del médico y nos subió a un despacho cerrado, lóbrego, que olía a ácido fénico.

El médico parecía haber buscado el modo de que su cuarto fuera desagradable; tenía en la pared unos cuadros de enfermedades de la piel, y sobre un armario un feto en un frasco y otra piltrafa nauseabunda en otro.

El médico mandó traer a su mujer café, un café sin color, que me pareció también fenicado, y un aguardiente que sospeché si lo habría sacado del frasco del feto.

Mientras sorbíamos el brevaje, el médico quiso

convencernos de que era un grande hombre no comprendido, y como no tenía tiempo para ello, en meda hora nos leyó seis poesías, tres artículos, un capítulo de novela de gran perversidad según él, nos mostró un recorte de un periódico donde le llamaban inspirado y genial y un retrato suyo en un periódico de la localidad.

El hombre quería que yo le diese noticias de la vida literaria de Madrid. ¿Era verdad que García había llegado? ¿Era cierto que Pérez entraba en el gran mundo? Yo le dije que no conocía ni a García ni a Pérez, y que creía que en Madrid nadie llegaba a ninguna parte. Entonces el médico, con su aire de carnero, habló de sus nostalgias. Aquel pueblo, según él, era un pueblo de brutos; a él no se le comprendía. Dijo también que él se levantaba a las doce del día y se acostaba a las tres de la mañana. No podía aguantar la vida vulgar, corriente, banal.

Nos corría el tiempo y salimos del antro fenicado presidido por el feto.

—¿Qué le ha parecido a usted?—me dijo mi amigo ya en el automóvil.

—Insoportable, tan insoportable como su despacho, su café y su feto. Además sospecho que en el fondo este hombre es un idiota.

* * *

Un mes después iba yo con un amigo en un tílburí desde Vera de Navarra a Pamplona.

Al subir el alto de Velate una herradura de nuestro caballo comenzó a resonar. Poco después el caballo perdía la herradura y tuvimos que marchar despacio.

—Iremos a un pueblo de aquí cerca—dijo mi amigo—, y le veremos a Ezcabarte.

—¡Ezcabarte!—dije yo—. ¿Quién es Ezcabarte?

—Un herrador.

—¿Si será un condiscípulo mío de la infancia, Martín Ezcabarte?

—El mismo.

Martín Ezcabarte, cuando le conocí en Pamplona hace ya muchos años, era un tipo alto, un poco encorvado de espaldas, gran jugador de pelota, fuerte como pocos. Cultivaba una semiblasfemia con gracia; sustituía la palabra Dios por Diez, o por Sos, o por Reus, y se encarnizaba. Martín Ezcabarte era un estudiante malísimo. De él se contaban anécdotas. El profesor de Geometría, que parecía el Comendador por lo serio, lo pálido, lo trágico y la blanca perilla temblorosa, le dijo una vez con voz sepulcral:

—Señor Ezcabarte, trace usted una circunferencia. Ezcabarte tomó un cordel y tiza y la trazó en el encerado.

—Ahora tire usted la cuerda.

Ezcabarte cogió el cordel y lo tiró al suelo. Todos los condiscípulos nos echamos a reir. Ezcabarte, mirándonos, preguntó:

—¿Qué? ¿De qué os reís? ¿No me ha dicho que tire la cuerda?

En el examen de Historia Natural, Ezcabarte estuvo también gracioso.

—En el fruto—le dijo el profesor—hay pericarpo, mesocarpo y endocarpo. ¿No es verdad?

—Sí, señor.

—¿Qué se comería usted de un melocotón? ¿El pericarpo, el mesocarpo o el endocarpo?

—El endocarpo—dijo Ezcabarte decidido.

—Pero, hombre, el endocarpo es el hueso. ¿Usted se comería el hueso de un melocotón?

—Por una apuesta, sí.

El profesor sonrió y dijo:

—No está usted hecho mal melocotón.

Recordando éstas y otras anécdotas de Ezcabarte nos acercamos al pueblo y llegamos a la fragua del herrador. Nos asomamos a la puerta y, entre una nube de chispas, vi acercarse a un hombre fornido, con la cara rasurada, alegre y los ojos brillantes. Era el mismo Ezcabarte.

Me miró, me conoció y se echó a reír.

—¿Tenéis que pasar aquí la noche?—dijo.

—Sí, aquí la pasaremos.

Ezcabarte se metió los dedos en la boca y silbó con un silbido agudo. Apareció un chico y Ezcabarte le dijo:

—Anda, llévalas a estos señores a casa y dile a tu madre que son amigos míos.

Fuimos a la casa de Ezcabarte, que era posada. Abajo tenía carnicería y taberna, arriba comedores y alcobas. La casa estaba limpia, recién pintada; la mujer de Ezcabarte era una mujer guapa y todavía joven, madre de una lechigada de chiquillos.

Nos enseñó la casa y la huerta. A la hora de cenar llegó Ezcabarte y nos condujo al comedor. Ezcabarte vivía admirablemente. En la cena hablamos de nuestra infancia y a los postres nos obsequió con una botella de champagne.

Por tener huéspedes amigos, aquella noche el herrador se acostó a las diez, porque su costumbre era estar en la cama a las nueve.

A la mañana siguiente aparejamos el coche y nos acercamos a la fragua de Ezcabarte. El herrador salió a saludarnos.

—Ezcabarte—le dije—, eres un sabio.

—Yo no, chico, no; ni quiero.

—Sí, eres un sabio. Tienes la sabiduría que no se enseña, pero que es la más grande y más profunda. Yo cuando pueda haré algo como tú; me dedicaré a cultivar mis coles y mis habichuelas.

—Bah, no lo harás.

—Sí lo haré, y vendré a decirte: Ezcabarte, aquí tienes un discípulo.

Nos despedimos del herrador, y al montar en el coche grité yo quitándome la boína: ¡Viva Ezcabarte! ¡Viva la limitación! Sí. ¡Viva la limi-

tación, amigo Ezcabarte! Porque aunque existan muchas cosas en el mundo que hagan más ruido que tu martillo, no por eso son más eficaces ni más definitivas. ¡ Viva la limitación! Porque el resplandor de las chispas de tu fragua puede competir en brillo con otros resplandores. Viva la limitación que nos da un país, un ambiente, una montaña en lo lejano, y que, si nos cierra el camino de las aspiraciones teatrales, no nos impide pensar, ni querer, ni soñar...

Un lector—¡ Pero usted es un farsante, señor Baroja! ¡ Usted se contradice!

Yo.—Hombre, no. Es que estoy cantando el aria de la Limitación.

PÍO BAROJA

(España. Madrid)

DISCURSO

DEL SR. DR. ENRIQUE JOSÉ VARONA, LEÍDO EN
LA SESIÓN SOLEMNE DE SU RECEPCIÓN COMO
MIEMBRO DE NÚMERO DE LA SECCIÓN DE
LITERATURA, CELEBRADA EL DÍA
11 DE ENERO DE 1915.

Señores Académicos:

En momentos bien oscuros y dolorosos me veo obligado a dirigirme a vosotros. Pero me habéis honrado, llamándome a vuestro seno; y no me es posible dejar de corresponder a lo que me impone la gratitud y a lo que demandan nuestros estatutos.

Bien quisiera creer que es obra de los años, de mi edad que me ha hecho más susceptible por los dolores de la experiencia, el sentimiento de horror que me embarga ante el espectáculo estupendo del mundo en guerra. Pero sería desestimar la sensibilidad y desconocer la potencia de previsión de los demás, suponerlos siquiera más indiferentes a los males que presenciamos y de cuyos terribles efectos distamos mucho de estar exentos.

Nunca, ciertamente, había caído sobre los hombres calamidad más completa. Las na-

ciones más cultas, ricas y poderosas de Europa y sus inmensos imperios coloniales en ambos hemisferios, el Japón, todavía para nosotros tierra casi incógnita y nuestro más próximo vecino México, se despedazan y hacen crugir hasta los cimientos la enorme estructura gigantesca de la civilización coetánea. Cuanto amamos, cuanto nos inspiraba confianza en el saber y la industria humanos, cuanto alentaba nuestras esperanzas de ir cada vez más adelante y con rapidez centuplicada en la conquista de la naturaleza, y, sobre todo y ante todo, el sentimiento de la confraternidad de los espíritus superiores, destinado a caer en lluvia benéfica sobre los demás hombres, todo se estremece y bambolea al estruendo de los morteros ciclópeos, a la luz fatídica de los incendios, a la visión apocalíptica de las máquinas de muerte que surcan los aires, que van por los mares o que se escurren sigilosamente bajo su traidora superficie, para sacudir a su paso ruinas y cadáveres.

Dura prueba, para los espíritus reflexivos y madurados por la experiencia de la vida, esta inaudita conflagración. Dura, porque nos presenta los resultados más estupendos de la ciencia aplicada puestos al servicio de una obra insensata de destrucción; más dura aún, porque nos hace asistir a la resurrección de sentimientos que podríamos creer enterrados para siempre con las edades en que eran predominantes. Cuando los sabios se han visto

obligados a cohonestarla, nos dan por única disculpa el antagonismo de razas, germanos contra eslavos. Lo que quiere decir que se evoca un mito, el de la raza, para disculpar el odio, o el miedo que es en el fondo lo mismo, de pueblo a pueblo. Porque no es difícil observar que hay provincias eslavas en el imperio alemán, y que millones de eslavos, muchos de ellos fieles súbditos y conscientes y voluntarios partícipes del estado, forman la mayoría del imperio austro-húngaro.

Y no porque se haya bebido a grandes sorbos el licor amargo de las desilusiones, deja el hombre de contemplar con melancolía el derrumbe de lo que juzgaba sólida conquista de la humana labor. Luchamos, aún sin saberlo, por mantenernos a flote en este mar tormentoso del desencanto, y nos obstinamos en conservar siquiera la fe en las fuerzas del corazón y de la mente, empeñadas en mejorar las condiciones de la vida.

Ante las exigencias de la estrategia, por necesidades del ataque o la defensa, hombres civilizados hacen tabla rasa de obras de las más refinadas del arte, testigos mudos y elocuentes de los esfuerzos y de la potencia del espíritu de nuestros predecesores. Descarga la metralla sobre el recinto de las universidades; y se hunden bajo los escombros los aparatos científicos y se ahuyentan sobrecogidos los que los manejan, o se les retiene aprisionados. Pueblos enteros son raídos de la superfi-

cie de la tierra, y millones de seres humanos, laboriosos, activos, infatigables en su lucha de progreso y civilización quedan convertidos en piaras humanas sin abrigo, desnudas y hambrientas. La humana piedad de gente remota tiene que acudir, sin saber si ha de conseguirlo, a ampararlos, a disputárselos a las más espantosas de las muertes.

Pone espanto el pensar en que la más sólida conquista del espíritu humano, durante su obstinada labor de siglos, la ciencia, sea la principal colaboradora de esta obra nefanda. Su fin primordial, nacido de la necesidad que la amamantó a sus pechos, ha sido ayudar al hombre a emanciparse de los riesgos con que lo amagaba la omnipotencia de la naturaleza circunstante y a librarse de los tormentos infinitos de su espíritu poseído por los terribles fantasmas que lo asediaban, y lo paralizaban o lo empujaban a acciones insensatas. Su fin era por tanto defenderlo, sosegarlo, hacerlo cada vez más libre. Y la vemos con dolor convertida en elemento fulminante de ruina, y volverse con furia contra sí misma, poblando de horrores la mente esclavizada. Orestes entregado de nuevo a las Euménides que había logrado ahuyentar.

A la vez, si volvemos los ojos al campo de las letras, a la región de las artes, eternas consoladoras y alentadoras del ánimo sobrecogido, perenne estímulo para la voluntad enflaquecida o vacilante, nos sorprende el silen-

cio mortal en que yacen, o nos lastiman el lamento desgarrador o la tremenda imprecación de que se hacen eco. Cuando no viene a sumirnos en amarga estupefacción la sangrienta saturnal a que se entrega en algunas de sus manifestaciones más populares, como en la caricatura. Ninguno de los sentimientos alentadores, ninguna de las emociones que dan temple al ánimo y lo ennoblecen se abren paso y adquieren la expresión correspondiente a la sublimidad de esta tragedia colosal. No se descubren los videntes, ni surgen los vates que profieran las voces necesarias, las que confortan, cuando todo vacila y parece desplomarse la razón de la existencia.

Poco importa que conozcamos, por la reflexión sobre lo pasado, las causas del fenómeno doloroso. No por eso es menos doloroso. Hasta ahora la explicación del motivo no ha sido nunca de por sí el remedio del mal. Toca sólo a los espectadores estremecidos, aunque se encuentren en segundo término, dolerse con honda amargura de todos y cada uno de los lastimosos episodios de esta universal calamidad, tan próxima ya a ser universal catástrofe.

Y tanto más nos toca a nosotros, cuanto que no nos faltan en nuestro propio campo, en nuestra patria, razones bien visibles de sobresalto y temor más que justificado. Un sentimiento, ahora de congoja, es el que me domina, al fijar los ojos en los amenazadores

síntomas de la descomposición política de Cuba.

No creo que nadie pueda pensar que voy a prevalerme de este acto, tan serio para mí, tan importante por las personas a quienes en primer término me dirijo, para enzarzarme en las espinas de los reproches cotidianos de los partidos. Miro a más, y anhelo llegar más hondo. Miro a la patria, y me pregunto con zozobra si la estamos fortaleciendo, o si estamos empeñados, aun sin saberlo, en destruirla; si nos damos cuenta de que aún no ha terminado la dura labor previa de constituirla, según demandan las exigencias de la época que alcanzamos, y las peculiares dificultades que nuestra composición social nos presenta, o si nos creemos ya sobre terreno limpio y firme, donde nos podemos entregar sin riesgo inmediato a juegos de azar y habilidad con el porvenir.

Y precisamente a los que están encargados de representar por medio de signos verbales o de signos visibles la vida que los rodea y les impresiona, a los literatos y artistas, toca muy de cerca e interesa muy mucho estar bien penetrados del estado y alcance de esos premiosos problemas.

En estos mismos días, no ha cesado aun por completo el período más importante, por su significación y consecuencias, de los que imponen sucesivamente a la actividad del ciudadano los deberes de su función pública. Acaba-

mos, es decir, se acaban de celebrar elecciones. Aún se realizan sus últimas operaciones. El pueblo de Cuba, el de los tremendos sacrificios de medio siglo por la independencia de la patria, ha sido llamado a designar los hombres en quienes deposita su confianza para darle leyes, esto es, para señalarle los rumbos que debe seguir. Apenas han transcurrido quince años desde que puede realizarlo. ¿Qué espectáculo hemos presenciado? Sonroja el recordarlo. El pueblo holgaba lejos de los colegios electorales o los designaba con sonrisa burlesca e indiferente. Buscaba con mirada entristecida la valla de gallos clausurada o la taberna difícilmente entreabierta. En los círculos privilegiados se jugaba no muy a escondidas. En los lugares de votación se jugaba sin rebozo con la honra, con la seguridad, con el porvenir de la patria. Corrían el oro, los billetes, los cheques, hasta nombramientos en blanco para ir a formar parte de los conmlitones de nuestra renta por excelencia, de la renta de nuestros establos de Augías. El sufragio universal cubano nada tenía ya que echar en cara al sufragio más que restringido de aquella Gran Bretaña de las "circuncripciones podridas". Los tigres de Tammany Hall huían avergonzados en plena derrota.

Si los enemigos actuales del parlamentarismo quieren argumentos, aquí pueden venir a buscarlos copiosos y decisivos. Esto es lo que hemos hecho en poco más de una década de

la institución porque han luchado y sangrado un siglo las naciones de Europa y América.

Necesario de toda necesidad es que nos demos cuenta de que un mal, que sale así a la superficie, con tan señalados y amenazadores caracteres, está denunciando dolencia muy honda y arraigada. La turbia corriente viene de lo profundo ya revuelta con toda suerte de impuras escorias. Nuestro triste pasado se ha erguido de súbito, para lanzarnos al rostro que en vano hemos pugnado, nos hemos esforzado y hemos sangrado tanto. La generación de cubanos que nos precedieron y que tan grandes fueron en la hora del sacrificio, podrá mirarnos con asombro y lástima, y preguntarse estupefacta si éste es el resultado de su obra, de la obra en que puso su corazón y su vida. El monstruo que pensaba haber domado resucita. La sierpe de la fábula vuelve a reunir los fragmentos monstruosos que los tajos del héroe habían separado. Cuba republicana parece hermana gemela de Cuba colonial.

¿Cuál de los males públicos que denunciábamos con indignación no se ha reproducido? Han vuelto al asalto de la administración pública la incompetencia, el favor, el nepotismo y la corrupción. Hay quienes resisten, pero hay quienes flaquean y hay quienes se rinden. Hemos envenenado la fuente misma en que bebíamos beber la salud. Se pone la pequeña administración de la justicia, que está más en

contacto cotidiano con el pueblo, en manos que entorpece la ignorancia, cuando no las tuerce el interés. Se proclama la intangibilidad de lo mal adquirido. Y así se emponzoña la conciencia pública, porque se nos hace desconfiar del esfuerzo, del trabajo; y se pone sobre el pavés al afortunado, cualquiera que haya sido el origen de su fortuna, la vara de Midas que ha hecho brotar su corriente de oro. Ya no hay necesidad de aguardar la nave que nos llevará a tierra distante con nuestras arcas repletas. En los lugares más pintorescos de los alrededores o en el corazón mismo de la ciudad bulliciosa se levantan los palacios de aquellos a quienes la suerte pródiga ha mirado con ojos risucños y ha descubierto el secreto de la fortuna improvisada. El mísero sin pan los saluda con secreta envidia, y va a comprar la fracción de billete que le promete falzamente, por otro camino, la misma suerte deslumbrante. ¿Cómo podrá quejarse, si le hemos devuelto la lotería?

Seguimos administrando la hacienda pública con los mismos procedimientos que aprendimos en el período que tanto abominábamos; son las mismas las fuentes a que pedimos los ingresos, y el despilfarro ha adquirido la nobleza de una teoría del bien público, aplicada a sabiendas y pregonada como excelsa panacea. Sólo en esto hemos progresado. No son parásitos forasteros; son parásitos indígenas los que amamantamos al seno ubérrimo del

tesoro nacional, y estos parásitos se llaman legión.

Como si nos empujara demencia suicida, hemos ido socavando uno y otro día, con la tenacidad del que realiza una obra vital, los cimientos en que se afianza la dispensación de la justicia. Hemos, a despecho de jueces rectos y bien intencionados, destruido la eficacia de sus sentencias y convertido el Código Penal en simple espantajo de los pobres de espíritu. Unas veces por servir a corredores interesados, otras por corresponder a mal llamados servicios políticos, otras por mal dirigida conmiseración, se abren las puertas de las prisiones, se abrevia la duración de las penas, y no hay consejo de secretarios del Despacho, sin que al día subsecuente se publique la interminable lista de los indultos. Noble virtud es la piedad, digno de un gobierno justo reconocer la falibilidad de los juicios humanos, necesario evitar y reparar los males que sin derecho hayan podido causarse, al velar por la seguridad pública; pero no seguimos a este respecto el mejor camino, ni siquiera el bueno. Nos despeñamos a destajo por el más peligroso de los derriscaderos.

Como no hay forma de gobierno que no presente lamentables deficiencias, como es mucho más fácil teorizar sobre la manera de regirse los hombres, que realizar siquiera un mediano concierto en la vida colectiva, claro está que no pretendo que nuestras instituciones hayan

escapado a esa dura realidad, al pasar de la mente de sus fundadores a los vaivenes y sacudidas de la práctica cotidiana. Pero sí debemos señalar las desviaciones en que influyen las tendencias hereditarias, el influjo aún inconsciente, de la imitación, las sollicitaciones de las flaquezas del carácter. Gobernar es vigilar para que se cumplan las leyes, y es suministrar los medios de que se cumplan. Prever lo posible para llegar a lo mejor, y procurar la manera de que se llegue sin sacudidas ni tropiezos. Nuestra constitución implica que el gobernante deba su elección a un partido, pero el partido no debe ignorar que lo ha colocado no a su frente, sino al frente de la nación. Al frente para que dé testimonio de ella ante los extraños, para que la represente y sea como su encarnación tangible, en sus discursos y en sus actos.

Tampoco debe el que gobierna olvidar ni por sí, ni por lo que son sus inmediatos instrumentos, que ha de dejar a otros órganos de la vida política el cuidado de la manera como la realizan. Una Secretaría no debe jamás, por buenas y rectas que sean las intenciones del que la ocupa, convertirse en comité. Si así lo hace, aun sin quererlo, corrompe las aguas que en torno suyo fluyen. Como el viejo mito, éstas en vez de templar petrifican lo que tocan.

No queramos, por otro lado, los que componemos la masa de los ciudadanos, sacudirnos

de nuestra porción de responsabilidad. No hagamos del gobernante un día nuestro ídolo, para incensarlo con fáciles encomios, y al otro burladero, tras el que pretendemos ocultar nuestra cobardía o nuestra incompetencia. Los males públicos son la obra de todos. En esta forzosa colaboración entra la parte principal que toca a los que están incesantemente en contacto con la sensibilidad pública, la que toca a los literatos y a los artistas.

En la esfera social no está todo perdido, mientras brilla a lo lejos y en lo alto el resplandor de un ideal. Vamos, aunque no queramos, aunque no nos demos cuenta de ello, describiendo una espiral inmensa. Nos cercan a veces las tinieblas, a veces el crepúsculo; pero aún alentamos, si la esperanza de lo mejor nos llama y nos conjura. Esas vislumbres son vagas y fugitivas, esas voces son inciertas y misteriosas. Dichosos o menos infortunados los zahoríes que ven o presienten, y tienen signos para revelarnos sus visiones gloriosas. Uno de los grandes artífices de la palabra en nuestros días, Romain Rolland, ha dicho que el papel del artista consiste en crear sol, cuando no lo hay. Esa es vuestra noble tarea.

Pero no hay que clamar por la luz, como el glorioso poeta alemán, a la hora de la muerte. En mitad de la vida, y cuando llegan los sombríos momentos de prueba, como los que he bosquejado, corresponde a los que conocen el camino para hablar a las almas presentarse

ante todos con sus evocaciones poderosas.

El arte no debe mirar hacia atrás, sino para comparar las dificultades vencidas y las que tiene que vencer, para descubrir los medios que pusieron en juego sus nobles antecesores y adaptarlos y mejorarlos. Para aprender como se hace algo superior; nunca para imitar. La imitación es procedimiento de escuela y de taller, quiero decir, de aprendizaje. Es un procedimiento, un paso, un escalón. Hay quienes no van más allá. Son eternos aprendices, no artistas. Su número es infinito, su papel estimable. Pero no es de ellos de los que tratamos. El peso poderoso es para los hombres robustos. Atlas o San Cristóbal, se necesitan fuerzas de cíclope para levantar el mundo.

El arte no debe encerrarse en círculos cerrados y estrechos, no debe emparedarse en conventículos. Buenas son las academias, si tienen muchas puertas, y si a ellas conducen y de ellas parten muchas avenidas. Nada de Tebaidas misteriosas. No hay que soñar con abadías de Telemo repuestas y sombreadas por encinas seculares. El lugar del poeta, del pintor, del escultor, del músico, está en la plaza pública. El teatro de los helenos era también un hipódromo; y sus hipódromos requerían el concurso de muchas artes.

Debe el artista mirar hacia adelante; pero con ojos humanos. Hasta donde alcanza la visión normal. No hay que ir a dar de bruces contra esas quimeras que se han llamado míf-

sica del porvenir o arte de pasado mañana. No se vive sino en el presente; y enorme esfuerzo se necesita para vivir con plenitud de vida en el presente. El día que fluye, que se escapa, ese es el que hay que vivir, artistas; porque ese es el que hay que hacer vivir de un modo mejor, superior, a la multitud indiferente, que debéis enseñar a sentir, a comprender, a idealizar.

Así se obedece a la ley exigente e imperiosa de la necesidad. Y mejor, mucho mejor resulta obedecer a sabiendas, que someterse de manera inconsciente. Estamos en este día, en este momento, en este instante, y no podemos dejar de estarlo. La emoción que nos posee, el pensamiento que de ella depende y la traduce han nacido de todo ese mundo ambiente de pasiones que se entrechocan y de conceptos, que nos forjamos la ilusión de que las dirigen. El rumor millares de veces repercutido de esas batallas que están durando meses y arrasando naciones, llega hasta aquí y nos envuelve ahora. La vibración profunda y dolorosa de nuestras dolencias nacionales de la hora actual habla en el fondo de nosotros y nos roba la tranquilidad en esta fiesta de soñado esparcimiento del espíritu.

Hay más aún. Creemos buscar un refugio a la obsesión de lo actual en las creaciones sorprendentes de lo pasado, en los productos del arte de los que nos precedieron. Vamos a alentar con ellos, a gozar o padecer con ellos. Va-

mos a ser helenos con las epopeyas homéricas, a ser romanos con las sátiras de Juvenal, o italianos con las visiones dantescas, o ingleses del renacimiento con el proteico Shakespeare, o españoles del tiempo de los Felipe con la ironía serena de Cervantes, o alemanes del *Aufklaerung* con la anchurosa y profunda vena de Goethe, o franceses del siglo de las luces a los soplos fecundantes de los cuatro vientos del espíritu del padre Hugo. Beatífica ilusión. Eruditos o no, leemos el ciclo homérico con los ojos y la mentalidad de hombres del siglo veinte, y lo traducimos y no podemos dejar de traducirlo al lenguaje de nuestras emociones. Y exactamente nos ocurre lo mismo con todas y cada una de las obras maestras que nos han legado los antecesores. Por eso se llaman legión los que los han comentado, y pudieran llamarse legiones, según el ardor y a veces el encono con que se han combatido. Y por eso podemos confesar, aunque bajemos la voz, que no todos, ¡oh, no todos! encontramos en cada una de ellas la honda fuente de interés y de simpatía que nos habíamos prometido. "Die Zeiten der Vergangenheit—Sind uns ein Buch mit sieben Siegeln." Los tiempos pasados son para nosotros un libro con siete sellos, decía al pobre pedantesco Wagner la desengañada ciencia de Fausto.

¡El libro de los siete sellos! Dejemos, dejemos ese intrincado apocalipsis de lo que fué. Nos llama otro mar no menos encrespado, pe-

ro cuyas tempestades conocemos y cuyas corrientes podemos predecir a donde nos llevan. Procuremos sondearlo y saber con certeza la dirección de los vientos que lo agitan, para que las cartas que de él tracemos aprovechen a todos los que a la par de nosotros y por fuerza lo navegan.

Se ha dicho y repetido que estamos en un período de transición, aunque lo cierto es que la humanidad realmente se halla en transición perpétua. Lo que esto en verdad significa es que nuestra época, como cada una de las pasadas, pero más premiosamente, porque hemos duplicado la velocidad adquirida, tiene sus exigencias, en la forma de modificaciones sociales que hay que introducir y de conflictos que les están aparejados y que hay que resolver.

Permitidme, para despedirnos, señalar algunos.

Transformadas, al conjuro de la ciencia, las condiciones de la vida material, cada día son mayores, y tienen que serlo, las aspiraciones morales de más grande número de hombres. Son muchos, son innumerables, los que aspiran a más, porque ya saben que respiran y cómo respiran, diré, alterando un tanto el aforismo célebre de un sabio cubano. Cualesquiera que sean nuestras opiniones personales acerca de la solución mejor para las reivindicaciones socialistas, hay que buscarla, desechando mucho rezago inservible de las orga-

nizaciones pasadas, mejorando los ensayos plausibles que se han aplicado, legislando, sobre todo, como quien trabaja para preparar la necesaria labor de mañana, y no para sostener la ya hoy inútil labor de lo que dejamos a la espalda. Lo que fué debe servir de lección y ejemplo, para sustituirlo convenientemente; de boya que avisa el escollo donde pudimos haber zozobrado. Hay por lo menos que levantar el faro, sólido y alteroso, que nos alumbre el camino incierto y que sea el ojo que se enciende para sondear las tinieblas del porvenir.

El espíritu a las veces paradójico, pero singularmente lúcido y profundo de Nietzsche ha aseverado que, con una educación adecuada, durante siglos, se podrá hacer de las mujeres lo que se quiera, hasta hombres; pero que, entre tanto, merced a su creciente influencia, atravesaremos un período de transición singularmente borrañoso. No hay manera de evitarlo. Hay que disponer nuestro espíritu a la más difícil de las adaptaciones, a la adaptación inestable y a sabiendas inestable. Hemos de realizar múltiples ensayos, y de presenciar y sufrir no pocas conmociones, desde las provocadas por la perversidad infantil de las feministas del tipo inglés, hasta las mucho más serias y más hondas de las organizaciones de las mujeres norteamericanas. Pero sobre todas se impone esta convicción, que el círculo de hierro y de fuego en que había pre-

tendido el hombre encerrar a la que llamaba con inconsciente hipocresía su compañera, se ha roto para siempre. La más quimérica de las empresas sería tratar de soldarlo, en cualquier forma. Hay ya algo definitivo y de incalculables consecuencias: la emancipación del espíritu de la mujer. Despidámonos, no sin cierta melancolía, de la Eva bíblica, y demos otra significación mucho más honda al eterno femenino del poeta.

No menos grave es la crisis en que se encuentra otra de nuestras ideas más caras, y, fijémonos bien, de las más recientes: la de la paz universal. No quiero decir con esto que sus adeptos no hayan sido elocuentes, ni hayan aportado al debate argumentos fútiles, ni dejen, ¡tremenda ironía! de tener la razón, toda la razón de su parte. Sólo quiero significar que el desatado huracán de pasiones homicidas que hoy azota al mundo, ha de dejar en pos de sí, motivo sobrado hay para temerlo, tal reato de temores, de zozobras y de odio, que ha de serles a éstos fácil envolverse en el manto de la prudencia y la previsión, para mantener en las manos de los pueblos las armas formidables de defensa y ofensa, con que hoy se aniquilan. Moloch tal vez se disfrace, pero esconderá bajo los anchos pliegues de su nueva toga la bomba de melinita.

No, no ha de faltar a los artistas conscientes de su permanente y benéfica influencia campo sin límites donde ejercerla. El mayor

peligro para ellos nace de la riqueza de elementos que se les viene a las manos. En su horno fulgurante, como en el del gran artista que dió forma al Perseo, se han de acumular los más varios y hasta los más extraños elementos, oro y plata y estaño. ¿Quién dijo miedo? Adelante.

Aquí, sobre mi mesa de trabajo, tengo una famosa escultura: la victoria de Samotracia. Ha perdido un fragmento. No importa. Todo su cuerpo nervioso y musculoso avanza, se precipita con ímpetu irresistible; la túnica se le adhiere a los miembros resistentes y un viento de tempestad la agita y parece trazarle una estela; sus alas aquilinas están totalmente desplegadas. Vuela ¿a dónde? ¿Quién lo sabe? De todos modos, a conquistar lo futuro que le tiende los brazos.

Vedado, 12 de noviembre de 1914.

UNA RUTINA PERFECCIONADA

LOS MAESTROS NECESITAN CULTURA UNIVERSITARIA

Una institución digna de estudio, que revela el gran progreso que han adquirido en Italia las ideas pedagógicas y la poderosa influencia ejercida por la Universidad sobre la cultura popular es la Escuela Pedagógica, que puede considerarse como el germen de una Facultad de Pedagogía, destinada a presidir todo el movimiento de la cultura, en lo que respecta a la formación de educadores, de hombres encargados de fortificar la conciencia individual en todas las esferas sociales.

La necesidad de plantear y resolver científicamente el problema pedagógico, que es el máximo problema nacional, ha impuesto, hace tiempo, la necesidad de reunir y concentrar en una institución, todos los conocimientos especiales, que reclama esa labor vasta y compleja, y en la de instruir y educar en esa institución, a los hombres especialmente aptos para operar, en la vida práctica, las reformas que la solución adoptada introduzca en el mecanismo social y en la dirección de su movimiento.

Estas necesidades han adquirido una más grande importancia con el desarrollo rápido e inmenso de las formas democráticas. La función de crear maestros, que hasta mediados del siglo anterior, tenía, como objeto principal, la preparación de educadores, que debían realizar la labor de disciplinar espíritus infantiles, considerados sólo como seres dotados de energías intelectuales, aplicables al conocimiento de la realidad, especialmente de la realidad material, contemplada en sus formas abstractas, a fin de deducir de esa contemplación normas para el aprovechamiento de las cosas concretas, ha ampliado, y puede decirse también, intensificado sus ideas, concentrando su actividad hacia un objeto más restringido, más práctico, menos intelectualista y más fecundo, considerando el espíritu infantil, el espíritu del discípulo en todas sus esferas de educación; no sólo como una inteligencia sometida a las leyes lógicas, idéntica esencialmente a las demás y destinada a discurrir con el poder del concepto; sino, principalmente, como una voluntad, apta para modificar la naturaleza y modificarse ella misma en el medio bien definido y bien diferenciado de una asociación política o Estado, en el cual las exigencias nuevas de la democracia imponen al ciudadano virtudes activas, adecuadas a la realización de los fines colectivos o ideales, que esa determinada sociedad se pro-

pone como problemas de su vida económica, jurídica, política, religiosa, artística y moral.

La ciencia positiva, fijando como norma de la educación individual la adaptación al medio propio, condujo a la pedagogía a modificar así radicalmente la dirección de sus disciplinas, orientándolas hacia el centro del círculo y trasladándolas de la circunferencia en donde vagaban como disciplinas puramente lógicas.

La psicología contemporánea, al colocar ese centro en la voluntad, superó la reforma positivista, subordinando la fuerza centrípeta de la adaptación del espíritu al medio físico, a la fuerza centrífuga de la adaptación contraria, convirtiendo el determinismo físico en determinismo síquico, dando a la acción creadora del alma la clave de la explicación total de la historia humana, realizando con energía la conciencia libre, para depositar en ella la misión de perfeccionar la realidad entera, el medio social principalmente, mediante una evolución diversamente concebida, con sentido eminentemente moral y con tendencia eminentemente solidaria.

La sociedad y el individuo han resultado así, en esta nueva concepción, como fines y medios, al mismo tiempo; el individuo educa a la sociedad y la sociedad educa al individuo; el primero debe ofrecer el elemento ideal de progreso y la segunda, con sus aspiraciones y necesidades con-

cretas y especiales, ofrecer el elemento real, la base de solidaridad dentro de la cual debe moverse libremente la actividad individual, procurando organizarla mejor, enriquecerla con elementos nuevos y más amplios, pero sin destruir su fisonomía especial informada por la historia, haciendo de la educación lo que quiere Barth (1) "la propagación espiritual de la sociedad, efectuada por vía espiritual; es decir, por influencia ejercida sobre la voluntad y sobre la representación".

Ampliada, intensificada así la finalidad pedagógica; siendo necesarios para la educación dos elementos, el educador adiestrado y el medio social favorable a determinada reforma pedagógica, la escuela normal, como instituto de educación, reveló toda su deficiencia. El maestro formado allí, no respondía ya a ese concepto amplio y profundo; porque representaba la cristalización de los productos que el genio superior depositaba, día a día, en la cultura universitaria. Esa primera y única fuente de creación, en donde la vida elevada del Estado hace brotar las intuiciones del porvenir como estímulos para el progreso, en el orden cada vez más libre de la actividad nacional, y como guías de esa suma mayor de vida, no vertía sus aguas directamente en el alma

(1) P. Barth. *Principii de Pedagogie e didattice fundate sulla moderna psicologia*. -- Traducción italiana. 1909.

del maestro, que, más o menos preparado para la labor democrática, continuaba siendo la personificación de una rutina perfeccionada con lentitud; pero rutina siempre, en la cual la vida se gasta con rapidez y sólo queda la fórmula abstracta, que tiende fatalmente a mecanizar el espíritu del educador y del discípulo, a convertirlos en aparatos lógicos, fabricantes de discursos, ricos de palabras y pobres de acción, dominados siempre por el miedo de aventurar a la voluntad en el campo de lo desconocido e incierto, condenados, al fin, a restringir su acción al camino trillado, repitiendo sin cesar la tradición, muchas veces maldecida, incapaces de esos arranques de libertad que parten de una alma sincera y que nutren la democracia en los países más felices.

La deficiencia del maestro, una vez sentida, en esos países que dan al problema pedagógico la superioridad que le corresponde, encontró el remedio en la libertad del mismo maestro, que buscó, directamente, en la cultura universitaria, la elevación y la intensidad de doctrina, no encontrada en el formalismo de la escuela normal.

Por otro lado, las Universidades, comprendiendo mejor su misión como directoras del espíritu nacional en todas sus esferas, salieron de su concentración aristocrática, para popularizarse, penetrando aun, en formas y disciplinas varias, en el seno mismo de las clases obreras.

Así se encontraron, en un esfuerzo simultáneo, maestros y catedráticos; los primeros concurrendo libremente a las aulas universitarias y los segundos multiplicando las enseñanzas pedagógicas, para llegar, al fin, a la creación de institutos pedagógicos, en donde se sistemase esa labor de

la formación completa del maestro moderno en el seno de la Universidad.

Semejante progreso no se habría alcanzado si la cultura universitaria hubiese sido deficiente, como instrucción y como educación. Con Universidades estancadas y con catedráticos sin vocación sacerdotal y sin sentimiento patriótico, ni los maestros habrían acudido a sus aulas, ni habrían sido recibidos en estas con simpatía, ni habrían encontrado el alimento que buscaban.

Esto explica como es imposible que la educación democrática de un Estado contemporáneo se realice sin la existencia de Universidades educadoras, aun cuando se consuma la mayor parte de los recursos fiscales en pagar sueldos a maestros sin ideas y sin fé y en construir para esos maestros palacios que no pueden utilizar.

La educación nacional es la obra principal de la Universidad; es en ella en donde nacen y se encarnan los ideales del Estado; es de allí de donde descenden las aguas que van a fecundar los colegios y las escuelas; de donde parten iniciativas felices que, como la Escuela Pedagógica, tienen por fin organizar una instrucción pública en armonía con las exigencias actuales de la civilización.

ALEJANDRO O. DEUSTUA *

(La Cultura Superior en Italia).

* Eminent publicista peruano y Profesor de Estética y Filosofía en la Universidad Mayor de San Marcos de Lima. Sus artículos "A propósito de un Cuestionario sobre la reforma de la ley de instrucción" en manos de todos los educadores de nuestra América debieran andar.

REPERTORIO BIBLIOGRAFICO

EL FRENO DE PLATA

Debe, asimismo, someterse esa obra, * como todos los escritos de Ameghino, a una expurgación y corrección literarias, de suma necesidad; pues hállanse erizados de impropiedades que atollan la expresión, constituyendo, por su misma importancia intrínseca, un mal ejemplo para el lector no avisado. Hay que combatir sin tregua esta calamidad argentina del solecismo, no pocas veces cometido a porfía por alarde bandolero, y siempre grato al compadraje popular, como todo signo de igualdad a bajo nivel. Del propio modo que la limpieza de la lengua indica salud, el aseo de la palabra certifica nobleza. Por lo mismo que la democracia tiende a ser procaz, requiere aquel freno de plata. Tascándolo es como le viene la elocuencia, su arte específico, no derramando la hez por aquella boca desordenada.

Ameghino adolecía, ciertamente, de esa des-

* La *Filogenia* del egregio sabio americano Florentino Ameghino.

preocupación, que no es sino un fenómeno de incultura. Desdeñaba el verso, y parece que consideraba incompatible la literatura con la ciencia. Si este trabajo demostrara lo contrario, constituiría la venganza de mi profesión. ¿Hay algo más cercano a la verdad que la belleza? *Inter silvas Academi quaerere vcrum*, dijo el padre Horacio. Así sea.

LEOPOLDO LUGONES

(Elogio de Ameghino).

ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS

Alemania lleva la primacía de la erudición en toda materia de historia y literaturas, —Grecia o Roma, el antiguo Oriente o la Europa medioeval. Tuvo la primacía en el estudio de la literatura española desde fines del siglo XVIII hasta mediados del XIX—la época de Ferdinand Wolf y de Ludwig Clarus. Alemania, “la redentora Alemania”, como le llamó Menéndez y Pelayo, rehabilitó al genio español contra los desdenes de Francia. Hoy, sin embargo, en Alemania decaen los estudios hispanísticos. Las viejas torres, como Baist, como Hanssen, van quedándose solitarias. ¿Por qué? No cabe atribuirlo a razones de or-

den práctico: el idioma castellano va haciéndose cada día más *útil*.

Entre tanto, el papel que Alemania representó en la erudición hispanística lo asumen (¡extraña coincidencia!) los Estados Unidos. Francia posee hispanistas eminentes, como Foulché-Delbosc, director de la publicación más importante en estas materias, la *Revue Hispanique*, o como el venerable Morel-Fatio. En Italia se distingue, entre otros, el brillante y universal Farinelli, y Benedetto Croce, el filósofo renovador, no desdeña las minucias eruditas. A Inglaterra, que es menos rica, generalmente se la conoce en este campo gracias a Fitzmaurice-Kelly. Suecia tiene a Erik Staaff, a Munthe... Pero, fuera de España, no existe grupo de eruditos en letras españolas comparable, por la abundancia de calidad, al que forman los catedráticos de los Estados Unidos. De la América latina, ni que hablar hay: Andrés Bello, Rufino José Cuervo, García Icazbalceta, pertenecen ya al pasado; y no llegan hoy a quince nuestros verdaderos hispanistas, los capaces de traer contribuciones valiosas a la crítica o a la documentación histórica,—tales como José Toribio Medina (de labor pasmosa, titánica), Francisco A. de Ica-

za, José de Armas, José de la Riva Agüero, Alfonso Reyes o Julio Vicuña Cifuentes.

Nunca faltaron en los Estados Unidos amantes del genio español. Desde principio del siglo XIX se escribe sobre España, su vida y sus costumbres, su historia, su arte, su literatura; se traducen sus autores. España hace gran papel en la obra de los principales escritores norteamericanos: Washington Irving, Bryant (que tradujo a Heredia), Longfellow, Lowell, Prescott, Ticknor... Aun los que nada escribieron sobre España, como Edgar Poe o el delicioso Holmes, hacían citas en castellano, idioma que tal vez estudiaran. Hace poco todavía, John Hay representaba esa tradición; y Howells, el insigne decano de la actual literatura de los Estados Unidos, hace siempre elogios de la española moderna.

Fuera del grupo de los profesores universitarios, los Estados Unidos pueden mostrar el ejemplo único y admirable de Archer M. Huntington, fundador y sostenedor de la Sociedad Hispánica. Los servicios que se le deben, por sus pesquizas, por sus magnas ediciones de textos clásicos (a menudo ediciones facsimilares de manuscritos únicos, como el del *Poema del Cid*, o de ejemplares raros, como

los de los *Cancioneros*), son incalculables. Y la fundación de la Sociedad Hispánica representa una fortuna: Mr. Huntington le dió edificio, museo de arte y de antigüedades, y biblioteca insuperable. Sólo cabe lamentar que esta institución, cuyos elementos de trabajo son excepcionales, no extienda su actividad hasta constituirse en centro indiscutible de los estudios hispanísticos en América. Pero Mr. Huntington ha hecho tal vez todo lo que cabía...

El grupo de catedráticos trabaja dentro y fuera de las Universidades: dentro, en las cátedras (que son generalmente cátedras de estudio *intensivo*, donde no se recorre trivialmente el programa de toda la historia literaria española,—se supone que el estudiante de las instituciones superiores pasó ya de esa etapa,—sino que se profundiza un tema durante un año: la poesía épica medioeval, o la novela pastoril, o el teatro de Lope, o Cervantes, o Quevedo); fuera, con estudios, con ediciones críticas. No sería fácil, en breve artículo informativo, enumerar y describir esta enorme labor; baste recordar ejemplos: ediciones críticas como el Cervantes de Schevill (en colaboración con Bonilla, de Madrid); el *Poe-*

ma de Fernán González, por Carroll Marden; el *Santo Domingo* de Berceo, por Fitz-Gerald; el *Cancionero gallego-castellano*, por Lang; el *Calila y Dimna*, por Clifford G. Allen; teatro del siglo XVI, por Urban Cronan; obras de Calderón y Mira de Mescua, por Buchanan. O bien antologías y ediciones escolares, como las de Ford, de Morley, de los Bourland, y de tantos otros: apenas hay catedrático a quien no se deba una de estas ediciones anotadas para estudiantes de lengua inglesa. O libros como *La novela pastoril* de Rennert (alemán de origen); o *La novela picaresca*, de Chandler; o el *Ovidio y el Renacimiento en España*, de Schevill; o *La literatura española en la Inglaterra de los Tudor*, de Underhill. O estudios lingüísticos como el de Ford sobre las antiguas letras sibilantes en castellano; o el de Emphrey sobre el dialecto aragonés, o el de Carroll Marden sobre la pronunciación del castellano en la ciudad de México; o estudios folk-lóricos como los relativos a romances y cuentos en la frontera sur de los Estados Unidos, por Espinosa (descendiente no sé si de mexicanos o de españoles). O bibliografías como las de Buchanan. O, en fin, los infinitos trabajos breves sobre puntos especiales: labor

en que se distingue J. P. Wickersham Crawford, para quien no hay rincón secreto en la literatura de los siglos de oro. Por último, Ford prepara un nuevo manual de historia literaria.

Si algo se echa de menos, es la frecuencia de trabajos de crítica pura, de valuación estética. Pero la erudición abre el camino; no dudemos que bien pronto los hispanistas de los Estados Unidos coadyuvarán a la renovación de valores clásicos que está iniciándose en España.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

(*La Cuna de América*—Santo Domingo).

LEMMONNIER (CAMILLE): NOELS FLAMANDS. Un vol.

ALBERT SAVINE, EDITEUR. PARÍS, 1887

Los *Contes y Noels flamands* son los más bellos cuentos que yo conozco; debieran ser universales.

PEDRO BROODCOORENS

(*Ce qu'ils lisent*)

A propósito del gran poeta portugués Guerra Junqueiro:

En todo el arte portugués se nota un predominio de la naturaleza sobre el hombre. Por

eso en pintura el paisaje se impone a la figura, y en el teatro influye más el ambiente que las pasiones.

Obedeciendo a esta imposición del medio, el poeta escribió *Los humildes* (Os simples) y *La musa en fiesta*, * dos bellos libros eminentemente líricos, donde sobre la vida de las gentes rústicas flota una neblina de incienso, de piedad sin límites, de infinito amor.

.....esas maravillosas oraciones (*Oración al pan* y *Oración a la luz*) donde cada verso es como un labio en flor que se abre para cantar la vida y cerrar una llaga humana. Y en medio del desierto alucinante y terrible, calenturiento de imágenes deslumbrantes, de hipérbolos y de metáforas desorbitadas, aparecen, como un oasis verde, azul y blanco, los tres colores de la gracia, ese pequeño y maravilloso volumen que se llama *Los humildes*, donde el alma portuguesa sencilla y suave como sus paisajes, soñadora y vaga como sus amplios horizontes marinos, ha hallado su más gloriosa, alta y justa concreción.

FRANCISCO VILLAESPESA

(*Nuevo Mundo*—Madrid.)

* Con el título de *La musa en ocios*, y *Los simples*—inclusive la *Oración al pan* y la *Oración a la luz*—están traducidas al castellano estas obras de Guerra Junqueiro. Traductor: Eduardo Marquina. Un vol. F. Granada y Cía., editores. Barcelona.

De los novelistas rusos dice el crítico norteamericano Howells:

Bien recuerdo cuanto me impresionaron los novelistas rusos en mi juventud. Me abrieron lo que a mí me pareció un nuevo mundo—y era tan solo el mundo real. Por ejemplo Tchecoff; ¿habéis leído su *Huerto*? ¡Qué vida, qué color, qué belleza de verdad hay en ese libro!

¿Y Turgueneff? ¡Cuán agradecido le estoy por sus libros!

En el libro trigésimo de Livio * se lee el episodio de Sofonisba: son páginas magistrales.

El escritor es un romano que con vivo sentimiento de las pasiones humanas, cuenta esa historia pasional, promovida y aplastada por el curso necesario de la política de Roma.

B. CROCE

(*Saggi filosofici*.^{*} Tomo I.)

* *Décadas de la Historia romana*. Siete volúmenes de la BIBLIOTECA CLÁSICA. Madrid.

APOSTILLAS

VIDA PARLAMENTARIA Y VIDA NACIONAL

El Congreso, que no pasará a la historia con el dictado de "admirable", cerró sus sesiones el día 16 de diciembre. En el decreto respectivo el señor Presidente, no sin una punta de ironía, alega como razones—entre otras—para clausurar las sesiones, el hecho de "haberse retirado ya muchos Senadores y Representantes, a la vez que otros deben entrar al Consejo de Estado, corporación que aún no se ha inaugurado por estar ocupando en las Cámaras sus puestos algunos de sus miembros".

Para comprender la delicada ironía del señor Presidente, debe recordarse que honorables congresistas integran la mayoría del Consejo de Estado, por voto y voluntad de ellos mismos.

El balance final no le ha sido favorable a la labor del Cuerpo Legislativo. Excepción hecha de tres o cuatro leyes, entre las cuales debemos recordar la que extingue las tarifas diferenciales para el cobro de derechos de impor-

tación en las aduanas del Pacífico y la que da una autorización al Ejecutivo en el asunto del ferrocarril de Puerto Wilches, no encontramos ningún otro acto de importancia para la administración pública. Siete meses de discusión estéril para llegar a votar la desgraciada ley de arbitrios fiscales y, de manera precipitada, la de presupuestos para la próxima vigencia: hé ahí la síntesis de lo que al país le ha costado muy cerca de veintidós millones de pesos. * “Palabras, palabras, palabras.”

Tiempo es ya de meditar en reducir a más convenientes proporciones la representación nacional: el sistema vigente ha traído como consecuencia el fracaso irremediable de la labor parlamentaria.

Nosotros hallamos indispensable esa reducción. La lucidez en los cuerpos colegiados está en razón inversa del número que los integra. La feliz iniciativa de unos pocos queda ahogada ante la diversidad de pareceres—fruto de intereses en constante pugna—de una mayoría de casuistas, exégetas de la ley y nigromantes de la política. Aparte de que en Colombia, como en el resto del mundo, una cosa es la “vida parlamentaria” y otra muy distinta la “vida

* Doscientos veinte mil dólares.

nacional". A despecho de las ambiciones, intrigas y diarias abdicaciones que forman la esencia de la una, la otra, retirada en el silencio de los campos o en el taller y la oficina, lejos de la discusión metafísica y política, trabaja, economiza y aumenta la riqueza moral y material del país.

Felizmente para Colombia, no todos los colombianos son miembros del Congreso.

EMILIO CUERVO MÁRQUEZ

(*Revista Moderna*. Bogotá.)

CULTURA LINGÜÍSTICA, RIQUEZA NACIONAL

Esta gente cree que con saber una persona echar cuatro letras sobre una hoja de papel, ya tiene de sobra para sus necesidades, y que todo lo demás es *literatura*—así dicen ellos con desprecio—y pura pérdida de tiempo, el cual sólo se gana, en beneficio de la riqueza nacional, forrándose de conocimientos agrícolas y ganaderos; ahora bien, esta gente no sabe—¡qué ha de saber!—que la riqueza nacional depende precisamente de esa cultura lingüística que nosotros defendemos, pues esa cultura perfecciona y afina en el individuo el instrumento que más necesita: el pensamiento, y sin

éste no tiene el hombre ni visión del presente ni del porvenir, ni aptitud para dominar las cosas y sacarles todo el provecho posible, ni capacidad para encausar el país por los senderos que le convienen; ni hay, por consiguiente, riqueza nacional. Ha dicho Condillac que el lenguaje es un maravilloso instrumento de análisis: la afirmación, que ha podido parecer audaz, no es sino justa; así que proveer a las generaciones argentinas de ese instrumento es la misión más importante de la escuela, y todo el que lo desconozca atenta contra la patria, que si habrá de ser grande será porque sus hijos sabrán pensar con hondura y discernir las ideas verdaderas de las falsas, las inspiraciones útiles de las perjudiciales.

ROBERTO F. GIUSTI

(*Nosotros*. Buenos Aires.)

LA CASTA DE LOS TEORÉTICOS

Por cierto que en nuestra tierra, donde la envidia y la animadversión se dividen el imperio sobre las almas, parece enojar un poco el nombre de "intelectual". Con pésima fe se quiere dar a entender que quien así mismo se llama "intelectual" pretende con ello declararse más inteligente que el resto de los ciudada-

nos. Debiera recordarse, o si se ignoraba aprenderlo, que es ésta una palabra y un concepto tan viejos como la civilización europea, más aún, una palabra y un concepto genuinos de la civilización europea. Nuestros eternos maestros los hombres de Grecia tuvieron la clara conciencia y el sano orgullo de haber sido los primeros descubridores de una nueva finalidad vital. Antes de ellos era la existencia un medio para servir a la divinidad o para dominar a los demás hombres o para allegar riquezas o para allegar placeres. Pero ellos, los griegos, referían con ufanía la extrañeza de los orientales cuando oyeron decir a Solón que él no viajaba con ninguno de esos propósitos, sino meramente para ver y pensar —*theories eineken*—, a fin de teorizar. Desde entonces no ha habido más remedio que contar con una nueva casta de hombres que llamaron *teoréticos*, es decir, “intelectuales”, para los que es ante todo importante lograr un cierto decoro, cohesión y firmeza en sus ideas. Podrá semejante afán juzgarse más o menos laudable, pero no se quiera presentar este viejo oficio “intelectual” como algo inaudito y de irritante presunción.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

(España, Madrid.)

LOS PERIODICOS NUEVOS

Los intelectuales suelen pecar por exceso de idealismo, que se traduce en optimismo para las empresas públicas. Con todo, valen mucho más que los *realistas* iletrados, a quienes cuesta muy poco trabajo convencerse de que estamos en el mejor de los mundos posible. La irrupción de estos nuevos periódicos, que es al cabo una irrupción de nuevas ideas, es útil para el periodismo y para la política: es un elemento de renovación, de inquietud, de movimiento. Muchas veces estas empresas adolecen de falta de sentido de la realidad; es decir, de falta de sentido histórico tocante a lo actual. Pero el sentido histórico aplicado a las cosas vivientes, cuando no son muy satisfactorias, puede llevarnos a un criticismo desesperanzado. Para hacer algo en la consabida *res pública* hace falta una dosis de optimismo que no será la verdad, pero que es una fuerza. La verdad no es la única fuerza; también la ilusión.

Otro bien de los periódicos jóvenes e independientes es combatir la fosilización del periodismo. Por virtud del industrialismo anejo a la índole de la gran prensa moderna se pro-

ducen dos fenómenos: uno la tendencia a convertir el periódico en un gran ente anónimo que absorba las personalidades de los escritores, lo cual produce la decadencia intelectual de los periódicos y crea a manera de fetiches; otro el que la dirección última y decisiva de la prensa, la que marca el tono y decide de las campañas fundamentales recae en unos cuantos capitalistas o políticos profesionales. La riqueza ha sido, en cierto modo, una calamidad para la prensa; la ha quitado independencia, libertad de movimientos, tiende a hacer de ella una burocracia, un arrabal de la política al uso.

ANDRENIO

(*Nuevo Mundo*. Madrid.)

LA ESPECIALIDAD

El profesor, no obstante las complicaciones de la disciplina a que haya dedicado sus desvelos, es siempre y necesariamente un maestro de escuela, es decir, un funcionario encargado de transmitir a la niñez o a la juventud una serie de nociones, en la repetición de las cuales ve caer las hojas doradas con los primeros fríos del otoño y reverdecer los prados al beso

discreto de las auras por Pascua Florida. La repetición es uno de los procedimientos más eficaces para provocar en la mente humana un estado de enajenación. Lo supo a la maravilla aquel profundo psicólogo a quien le debe el mundo la invención de los ejercicios espirituales. La especialidad, la camisa de fuerza de la especialidad, como dijo Nietzsche, acaba por esterilizar las más fecundas regiones del cerebro humano.

B. S. C.

(Baldomero Sanín Cano.)

(Hispania. Londres.)

A PIO BAROJA

He aquí, querido conspirador metódico, una nueva manera de cantar *el aria de la limitación*. * A los postres de un convivio filosófico, Octavio de Romeu levantaba la copa y dijo:

“Esta libación es ofrecida a Hermes: patrón de enriquecimiento; patrón de límite también.

Hay que amar la propia pujanza: hay que amar igualmente los propios límites.

Lo más espiritual de las cosas, es tal vez su contorno puro.

* Véase en este cuaderno *El maestro Escabarte o la limitación*, de Pío Baroja.

Símbolo admirable: un triángulo y un ojo en su centro. Que cada cual sea, amigos míos, un triángulo de abnegación, de disciplina, de obediencia, abarcando un ojo de infinito, de omnicomprensión y de libertad.

Un triángulo es una cosa perfecta. Un pentágono no está mal. Un exágono, un eptágono, pasen aún. Pero lo mejor que uno puede hacer, cuando ya empieza a volverse dodecágono, es inscribirse en un círculo.

El buen patriota amará su patria: amará también los límites de su patria.

Enamorarse en la adolescencia, es un progreso: se pasa de amar la mujer a amar las mujeres. Casarse, en la juventud, es otro progreso; se pasa, de amar las mujeres, a amar a una mujer.

Cada palabra puede tener una resonancia infinita: buen escritor es el que renuncia a ella; los griegos no la utilizaron jamás.

El culto a los límites es la esencia del espíritu clásico.

Con la mano segura, con el corazón tranquilo, levanto la copa ofreciendo esta libación a Hermes, patrón de los límites, que los pone a mi flaca riqueza y los pondrá a mi corta vida."

XENIUS

LA GUERRA SANTA*

Durante algunos meses, acaso durante algunos años por venir, quince o más millones de hombres en Europa, los más aptos físicamente, los que habían de ser los padres de las futuras generaciones, estarán comprometidos en la empresa de matarse unos a otros, de hacer morir de hambre al resto de las poblaciones, de paralizar la producción de las cosas útiles y necesarias, de destruir los instrumentos de producción, y de demoler cuanto se ha construido laboriosamente durante veinticinco años de paz europea. Ninguno de los hombres empeñados en esta obra de destrucción quiere ejecutarla; ninguno de ellos sabe cómo ha sido que él se encuentra en el caso de ayudar a su ejecución; ninguno de ellos sabe el fin a que se sirve cumpliendo en esta obra de exterminio. Los no combatientes están en el mismo caso. Ni previeron la calamidad, ni la deseaban, ni la escogieron. No fueron consultados nunca. Nadie en Europa desea tomar parte en semejante obra. Somos un pueblo sano, aunque nuestras acciones son obra de loco. ¿Por

* Trad. de *The Nation*, con autorización del señor Lowes Dickinson, por B. Sanín Cano.

qué? Porque todos nosotros estamos en manos de algunas veintenas de individuos llamados gobiernos; algunas veintenas entre los centenares de millones que pueblan la Europa. Estos hombres han querido la guerra y nos han impulsado a ella por encima de nuestra voluntad. A ninguna nación se le ha dado la ocasión de decir: No. Los campesinos rusos marchan a la guerra porque se lo dicen el Zar y el Pope. En esto no hay nada extraordinario; pero los socialistas alemanes se enrolan y los socialistas franceses entran en las filas. Estos hombres saben lo que la guerra significa. Saben cuáles han de ser sus efectos. La odian; pero se alistán. Los hombres de negocios, que la conocen y la odian también, contemplan la marcha. Los obreros observan también el espectáculo y esperan la hora en que empiecen a morir de hambre. Todos son impotentes. Otros han echado la suerte por ellos: los tahures coronados tiraron los dados y salió en suerte morir.

¿Qué es lo que apuestan estos tahures? Cada uno de ellos dice que se trata de la propia seguridad nacional. Cada uno de ellos dice que el otro juega para aumentar su poder. Los ingleses creemos que estamos resistiendo una agresión. Podemos estar seguros de que los alemanes no lo toman así. Nosotros creemos que ellos son los agresores; estemos seguros, sin embargo, de que ellos no lo piensan así. La acción de cada uno de

estos gobiernos está respaldada por una teoría del *equilibrio europeo*, y detrás de la teoría están las pasiones del miedo y de la codicia. Toda la trágica historia del género humano queda cubierta por esas pasiones, y los hombres no son más que instrumentos en esta serie de miserias. Los gobernantes tocan ese instrumento como si fuera una gaita. Los gobernantes no están solos. El periodista que ha estado sembrando la desconfianza y el odio entre las naciones; el historiador que se ha servido de sus estudios para glorificar o exculpar la guerra; el hombre que haya exaltado las pasiones a expensas de la razón, todos son cómplices en este atentado. Es así como la guerra ha caído sobre nosotros. Y ¿qué es lo que se obtiene por medio de ella? No es un remedio para la enfermedad que se desea curar; ella no hace sino crear nuevas condiciones para preparar otra guerra. La catástrofe en que estamos sumergidos debe producir incalculables males. No producirá bien alguno, como no sea el de iluminar nuestro entendimiento enseñándoles a los pueblos y a los Gobiernos una manera de hacer política distinta de la que hoy seguimos. Esa nueva manera está en la mente y en el corazón de las gentes que piensan bien y cuyos sentimientos no han sido pervertidos por el sistema. Ese nuevo concepto de la política no ha podido dominar los sucesos, en parte porque los pueblos no ejercen predomi-

nio sobre el Gobierno, y en parte porque no han aprendido a obrar de acuerdo los unos con los otros, Pero todos los hombres a quienes no ciega el resplandor de las teorías saben que el poder ante el cual se sacrifican las naciones por mandato de los Gobiernos es un ídolo. Los intereses de las naciones no son divergentes en ningún sentido real. Lo que los impulsa a la guerra son abstracciones, cuya vida procede de la fe que en ellas se tiene. Poder, predominio, prestigio, honor, en el sentido en que las naciones usan esta palabra, son abstracciones. Estos son los espectros de una edad moribunda, pero espectros que no hemos enterrado aún. Lo real es el trabajo, la inteligencia, la imaginación, cuyos frutos son comunes a todos los hombres. Sin embargo, la vida pasional colectiva apenas empieza a difundirse en estas formas de la realidad; corre por los viejos canales, si los halla abiertos, con un fatal empuje. Que se declara la guerra, y todos los individuos de una nación están listos a empeñar en ella sus bienes y su vida. Esta es la razón por la cual algunos espíritus elevados y generosos llegan a ver en la guerra una cosa digna. La falacia depende de que la pasión ha sido descarriada con el objeto de hacerla servir a los fines de la guerra. Importa aplicar esa pasión a cosas reales, a procurar el bien y no el mal, a exaltar la verdad en vez de la mentira, el amor en lugar del odio. Pa-

ra verterla en estos canales trabajan sin cesar los amigos de la razón. Por el momento su voz no será oída. Pero a medida que esta guerra siga su tremendo curso, a medida que empiecen a desenvolverse sus consecuencias fatales ya previstas, y cuando la evidencia de lo que estamos haciendo haya pasado de nuestros sentidos a nuestra imaginación, y al aturdimiento del choque suceda el horrible despertar, los amigos de la razón estarán en propicia coyuntura para hacer llegar la verdad, primera y principalmente a sus propios corazones y cerebros, y en seguida, si tienen valor para ello, a la conciencia colectiva. Esa es la guerra que nosotros provocamos, la eterna y santa guerra que promueven los que creen en el poder de la razón. No lo olvidemos en estas horas tenebrosas en que nuestros principios son hollados por las turbas frenéticas.

G. LOWES DICKINSON